

# SOPA DE LETRAS (\*)

por el

Doctor RAMON DIAZ MORA

Perales del Puerto (Cáceres).

## I

### «ET IN ARCADIA EGO»

Lo del médico que por la manera de llamar a su puerta conocía si requerían sus servicios o los del veterinario que con él convivía en el mismo hospedaje, es archiconocido de puro viejo. Si los golpes de alabón sonaban pausados, suaves como dados con desgana, a él le venían buscando. Si rápidos, resonantes, haciendo crujir las maderas del portón y acompañados de voces estentóreas, reclamaban los servicios de su «colega» de pupilaje.

La anécdota entraña un hecho significativo. Que los intereses materiales son el supremo valor que rige la conducta de muchas gentes. Esto no es descubrir el Mediterráneo, ciertamente, pero es de una exactitud asombrosa. Ya lo decían los de Payo, cuando la epidemia de gripe del año 18: «Menus mal que ha venido por las presonas, que si vienen por las vaques, mus j...oroba.»

Una res vacuna tiene más arrobas de carne que una persona, lo que justifica el razonamiento. Y las personas, aun lipodistróficas y en tiempos de restricción grasa, carecen de salida en ferias y mercados.

Pero hay muchos Payos, no sólo el del cuentecillo. Sirva de demostración la siguiente historia.

\* \* \*

La Juana, la Petra, la Luminada y otras varias comadres toman el sol después de comer, sentadas a la puerta de la primera. Todas tienen en su regazo algún chiquillo, sobre cuya cabeza ejercitan la general costumbre de... «digitalización compresiva» que aprendieron de sus madres, y cuya transmisión y persistencia

(\*) NOTA DE LA REDACCIÓN.—Rompiendo un poco con los módulos hasta ahora vigentes en nuestra Revista, iniciamos hoy, con carácter extraordinario, la publicación de una serie de artículos que, con el título más arriba señalado, nos envía el doctor Díaz Mora. Reflejan los mismos de tal modo la vida y las anécdotas del ejercicio de la Medicina en el medio rural, que hemos creído que su publicación habrá de interesar a nuestros lectores.

tradicional es garantía de su eficacia antiparasitaria.

Mientras los dedos, hábiles, realizan una matanza colectiva, las lenguas no andan quietas y disecan honras y vidas ajenas, todas condenables si se comparan con las suyas propias, a creer que son como se pintan.

Hoy le ha tocado el turno al médico. Es el primer día que la Juana sale a la calle después de su octavo parto; sus incidentes encienden el comentario.

—Pues, sí—dice la protagonista—, no hubo más remedio que sacar a la creatura con los jierros.

—¿Y cuánto te ha llevao el médico?—pregunta otra comadre.

—Cinco durazos como cinco soles. El tío ladrón, que se quité jacel rico desegua, Ya veis vusotras. Y entraba si la cosa hubiera sido difícil; pero la comadre que estaba allí y lo vió bien y tiene tanta piática de asistir mujeres, me dijo que no tenía nada de particular, porque la creatura asomaba ya por el naceero.

Sobre este tema desarrollábase el diálogo, del que salía malparado el pobre médico, que supo terminar bien aquel caso, caído en inercia uterina, para el que le avisaron cuando la mujer llevaba ya tres días de «ejercicio» con ayuda de la comadre, a base de caldos, sobas en la barriga, aguas de anís y trotes rápidos en el recinto de su alcoba.

Manoteaban y se interrumpían para quitarse unas a otras la palabra de la boca, cuando apareció en la puerta de la cuadra el tío Garzañote, que a grandes voces se dirigió a su mujer:

—Petra, Petra, vaite en una correndera a por el vitirinario. Que la mula torda tiene un dolor que le tapa los condutos y no vacía.

Como un rayo saltó la Petra y salió en busca del veterinario. Las restantes comadres de la tertulia dieron tregua a la selva capilar de sus retoños y acudieron a la cuadra de Garzañote, por si había que ir preparando algo o podían prestar ayuda.

Llegó el profesional al poco rato. Después de observar al animalito, pidió un poco de aceite. Untóse bien

la mano derecha y ordenó a Garzañote que mantuviera levantado en alto el rabo de la mula, previamente sujeta para que no se desmandase.

Los presentes contenían su congoja, especialmente la Petra, que hacía ver a sus vecinas la ruina que se le entraba en casa si la mula se llegaba a desgraciar. No diremos que la quisiera tanto como a su propio marido, porque la Petra no era muy afectiva; pero que le interesaba más y le prodigaba mejor solicitud, no es de dudar.

A todo esto, el veterinario, con sus maniobras manuales a retaguardia del semoviente, lograba extraer, tras varias tentativas, uno, dos, tres... qué sé yo cuántos... hasta que la mula quedó tranquila. Esto le pareció a la Petra, pues, según ella, no había más que mirarle «a la cara» para notarlo.

Terminada la faena, rascóse Garzañote la cabeza, como si aún le quedase un rescoído de duda; por fin, se atrevió a preguntar:

—Bueno, don «Merenciano», usted sabe de esto más que yo; pero es que como «eso» no lo ha hecho la mula «de su propia voluntad» (¿qué entendería por voluntad aquel bárbaro?), sino que ha sido usted el que la ha destupio, pos claro está que el animalito no ha meao, y yo pienso que será malo, porque a los animales les pasará talmente lo mismo que a las personas, que nunca vacían sola la tripa, y por alguna cosa estará mandao que así pase, me creo yo...

Don Emerenciano, socarrón y acostumbrado a andar entre bestias, no contestó. Suspendió su lavado y pidió un cántaro de agua fría, que comenzó a dejar caer a chorro delgado, después de subirse encima del pesebre para facilitar la faena, sobre el lomo del animal. Garzañote, la Petra y la concurrencia observaban fijamente aquella región orgánica de la mula, de cuya integridad funcional se querían convencer. Agrupábanse en corro y en cucullas para observar con comodidad.

En efecto, el contacto del agua fría despertó el reflejo. La mula abrió las patas y fué dejando caer un chorro vaporoso, amarillo, amplio, sonoro y maloliente, que se deshacía en blanca espuma en el suelo a medida que la alegría se iba apoderando de aquellas almas, disipados los temores que las embargaban.

\*\*\*

—Bueno, don «Merenciano», ahora me dirá usted lo que le debo por su trabajo.

—Por ser para ti, que eres muy buen cliente, veinte durillos, amigo Garzañote.

—Lo que sea, y ahí los tiene usted. Y tenga uno más pa que jeché un cafetito por mi cuenta. Que yo sé ser agradecido y comprendo bien las cosas y lo que valen los estudios. Tanti más cuanti que si la mula se me muere, no lo llevo a jacer con menos de dos mil reales.

## II

### LAS LOMBRICES DEL TIO FIDEL

Simpático vejete. Desde mi despacho le oigo chiclear a las muchachas que pasan. Sus sesenta años le dan derecho al uso de piropos de encendido color, con los que entretiene la espera.

Entra en mi despacho, acompañado de un mozallete, su nieto, chicote de diez años, caripecoso y moquicolgante.

—Aquí me tié usted a que me dé un remedio pa las lombrices de ésti, que ya lleva tres mesis echándolas a espuestas.

Cumplo mi cometido, y se despiden. Ya en la puerta, se vuelve y me dice:

—La verdad, señor médico, si le he traído al dagal es porque ya no tengo yo reafios pa prepararle la medicina.

Siempre me ha picado la curiosidad extraprofesional. Le animo.

—¿Es usted curandero?

—Quía, no señor. Es que a su edad yo también padecí de las lombrices, y naide me fué capaz de atinal con el remedio. Me vió un médico muy güeno que había en Gata, y me dió unos papeles que me puson a revental; y venga echal lombrices. El boticario de Descargamaria me dió unas píldoras, y como si na; venga echal lombrices y vengan doloris de barriga. Fuí a una curandera que había en Robledillo, que le icían la tía Pará; me echó tres veces la oración, y yo lo mismo: venga echar bichus. Y me diba quedando más seco que una támara y más

verdi que la jiel. Con que me dijí, digu: o acabu yo con éstas o acaban ellas conmigo... ¿Pero me da usted palabra de gualdalmi el secreto y si usa la medicina no se lo dirá a naide?

—Desde luego. Digalo con toda tranquilidad.

—Pos verá usted. Llamé al enterraol, y tras de mucho palrao, que le tuve que dar una peseta pa que se convenciera, entramos una noche en el cementerio. Rebuscamos en un montón y me llevé pa casa tres o cuatro huesos de los más blanquitos que encontré. Los tosté en la piedra de la lumbré, los molí bien molios y los eché en media azumbre de aguardiente. Toa la noche anduve trago va trago viene, hasta que dejé vacío el jarro. Cuando me desperté al día siguiente, a eso de la meyudia, me tiré de la cama, y aquello fué mano de santo. Me entró una soltaera de barriga y una dangarriana, que lo menus eché medio celemin de bichus. Entoncís me dije: agora sí que estoy curao. Y así fué. En jamás de los jamasis las he vuelto a tenel.

Le he escuchado con toda seriedad. Aun me hace una última recomendación:

—Guárdimi el secreto pa que no me venga ningún perjuiciu si se entera la josticia. Y en cuantís tenga ocasión pruebi el remediu en algún enfermo, que me lo ha de agradecer. Yo ya no estoy, por mis años, pa saltar las tapias del cementerio, y al bobo del dagal le da miedo entral allí; que si no fuera por eso, ya comprenderá usted que no habríamos venido a verle.